No lo es menos la imágen que presentan estos versos de Villegas:

Jamás el peso de la nube parda,
Cuando amenace en la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

§. 241.

La *finura* presenta medio oculto el pensamiento, pero dejando que el lector le penetre con facilidad. Es una de las cualidades que mas gracia comunican al estilo, y una de las que mas nos agradan, por el secreto placer que experimentamos al adivinar por nosotros mismos lo que el autor no dice claramente. La *delicadeza* es la misma finura acompañada de una emocion dulce y tranquila; es la finura del sentimiento. La delicadeza nace espontáneamente del corazon; la finura supone mas bien ingenio. El pensamiento fino se convierte fácilmente en agudo é ingenioso, y el ingenioso degenera muchas veces en sutil y alambicado, y por lo tanto, en afectado y oscuro.

La agudeza de ingenio consiste en descubrir entre los objetos relaciones muy distantes y que difícilmente hubieran percibido la generalidad de los lectores : si estas relaciones son tan ligeras, que cueste algun esfuerzo penétrar el sentido, notándose además cierto miñucioso artificio por parte del escritor, el ingenio se convierte en *sutileza*. Los pensamientos muy sutiles reciben el expresivo nombre de *alambicados*. La finura y la delicadeza, que tambien suponen aquel singular discernimiento de percibir entre los objetos relaciones que no distingue el vulgo, se diferencian de la agudeza de ingenio por la mayor espontaneidad.

Fino, y aun ingenioso, es el siguiente elogio á un emperador que hacia la guerra léjos de Roma:

Terrarum dominum propius videt ille, tuoque
Terretur vultus Barbarus et fruitur.

(Mart.)

Waller, poeta inglés, que habia hecho el panegírico de Cromwell, cuando Cárlos II recobró el trono tambien compuso versos en elogio del Monarca. Y como este le echase en cara al poeta que eran mejores los versos dedicados al Protector, le contestó Waller: «Los poetas, Señor, tenemos mas acierto en las ficciones que en la realidad.» Una reina preguntó muy azorada á un ministro qué era lo que habia pasado en el Consejo, y respondió el ministro:

«Cuatro horas, Señora.» Estos pensamientos son finos; los de los ejemplos siguientes son delicados:

Ter sese adtollens, cubitoque adnixa levavit;
Ter revoluta toro est, oculisque errantibus alto
Quæsivit cœlo lucem, ingemuitque reperta.

(Virg.)

Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuése volando.

(L. Martin.)

§. 242.

El estilo *elegante* se presenta engalanado con todas las gracias y bellezas de la imaginacion y del lenguaje. Las figuras de palabra, los tropos, y principalmente la metáfora, la perífrasis, la personificacion y la alegoría, y por último, las comparaciones y descripciones, son los adornos que mas le distinguen. Cuando estos adornos se emplean ya con alguna profusion, el estilo recibe los nombres de *florido, brillante*. El estilo florido y brillante, que conviene á poquísimos asuntos, es el estilo de que mas se abusa, porque con su vano oropel deslumbra al vulgo y conquista fáciles aplausos al escritor.

VII.—MAGNIFICENCIA, SUBLIMIDAD.

§. 243.

Cuando en los adornos de la elocucion encontramos unida á la brillantez la grandeza, cuando á lo espléndido de las imágenes y á la elevacion del pensamiento corresponden la pompa de la frase y la rotundidad del período, el estilo se llama *elevado, magnífico, majestuoso, pomposo, altísono*.

Si la magnificencia de la elocucion sobrepuja á la grandeza del asunto, degenera el estilo en hinchado. Los siguientes versos de Melendez, que recuerdan la introduccion de la oda *Qualem ministrum fulminis*, podrán dar una idea del estilo magnífico:

Cual el ave de Jove, que saliendo
Inexperta del nido, en la vacía
Region desplegar osa

Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guia;
Y ora vaga atrevida, ora medrosa,
Ora mas orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta;
Tronar siente á sus pies la nube obscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura;
Entonce el pecho generoso, herido
De miedo y alborozo, ufano late;
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido;
El ojo audaz combate
Derecho al claro sol, le mira atento;
Y en su heróico ardimiento,
La vista vuelve, á contemplar se pára
La bajá tierra, y con acentos graves
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reina del vago viento y de las aves.
Yo así saliendo de mi humilde suelo
En dia tan alegre y venturoso,
A gloria no esperada,
Dudo, temo, me inflamo, y alzo el vuelo
Do el afan generoso
Al premio corre y palma afortunada.

§. 244.

El estilo *sublime* es un resultado de la magnificencia, de la energía, vehemencia, de la concision y de la sencillez misma, adaptadas á la grandiosidad de los afectos, imágenes y pensamientos. La sublimidad propiamente dicha es, por consiguiente, una cualidad del pensamiento ó de los objetos, mas bien que una cualidad de la elocucion; es la noble elevacion del espíritu hácia lo infinito (§. 12); es «el sonido de las almas grandes».

Fácilmente se conocerá que no debe confundirse el estilo magnífico ó pomposo con el sublime; porque el estilo sublime se aviene con la sencillez, con la vehemencia, con la concision, con la brevedad y hasta con la aspereza de la frase; y nada de todo esto es compatible con la magnificencia y pompa de la elocucion. Demetrio Falereo distinguió ya el estilo magnífico del sublime. Tambien se distinguen generalmente las imágenes, ideas y sentimientos grandes de los sublimes, considerándose en este caso la sublimidad como el mayor grado de grandeza que puede concebir la imaginacion, ó como la *grandeza absoluta* de que habla Kant. Las imágenes y pensamientos se llaman *atrevidos* cuando presentan los objetos con rasgos tan extraordinarios, que parecen traspasar los límites de la naturalidad; v. g.:

La malicia del demonio se iba extendiendo al compás de los siglos.
(P. Marquez.)

Ved cómo se inclinan los cielos para presenciar la reconciliacion del padre con el hijo.
(Schiller.)

Y cavaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado.
(Rioja.)

§. 245.

La sublimidad de las imágenes procede de su grande extension, y por esto excita en nuestra alma la idea de lo infinito (§. 12). La obscuridad aumenta la sublimidad de los objetos, porque borrando sus límites, los engrandece, y da lugar á que la imaginacion supla lo que no puede percibirse por medio de los sentidos. La poesía reproduce é idealiza las imágenes de la naturaleza, crea otras nuevas, y por medio de todas ellas expresa y realza la sublimidad de las ideas y de los afectos.

Además de la sublimidad *matemática*, presenta la naturaleza la sublimidad *dinámica*: es fuente de lo sublime todo lo que revela un extraordinario poder. Las elevadas cumbres de los montes, los escarpados precipicios, las cataratas, los volcanes, el mar, el firmamento, las grandes batallas, las tempestades, son para el alma del poeta objetos llenos de sublimidad. Homero nos presenta á los dioses mismos combatiendo unos con otros. La religion inspiró á la poesía sus cuadros mas sublimes: la creacion, el juicio final, el paraíso, el infierno.

EJEMPLOS DE IMÁGENES SUBLIMES.

Commota est, et contremuit terra: fundamenta montium conturbata sunt, et commota sunt, quoniam iratus est eis.

Ascendit fumus in ira ejus: et ignis à facie ejus exarsit: carbones succensi sunt ab eo.

Inclinavit cœlos, et descendit: et caligo sub pedibus ejus.

Et ascendit super cherubim, et volavit: volavit super pennas ventorum.

Et posuit tenebras latibulum suum, in circuitu ejus tabernaculum ejus: tenebrosa aqua in nubibus aëris.

Præ fulgore in conspectu ejus nubes transierunt grando, et carbones ignis.

Et intonuit de cœlo Dominus, et Altissimus dedit vocem suam: grando et carbones ignis.

Et misit sagittas suas, et dissipavit eos: fulgura multiplicavit, et conturbavit eos.

Et aparuerunt fontes aquarum, et revelata sunt fundamenta orbis terrarum: ab increpatione tua, Domine, ab inspiratione spiritus iræ tuæ.

Misit de summo, et accepit me: et assumpsit me de aquis multis.

(Psalm. xvii.)

In principio creavit Deus cœlum et terram. Terra autem erat inanis et vacua; et tenebræ erant super faciem abyssi: et Spiritus Dei ferebatur super aquas.

Dixit Deus: fiat lux. Et facta est lux.

(Genes.)

Sæpe etiam inmensum cœlo venit agmen aquarum,
Et fœdam glomerant tempestatem imbribus atris
Conlectæ ex alto nubes; ruit arduus æther,
Et pluvia ingenti sata læta boumque labores
Diluit; implentur fossæ, et cava flumina crescunt
Cum sonitu; fervetque fretis spirantibus æquor.
Ipse pater, media nimborum in nocte, corusca
Fulmina molitur dextra: quo maxuma motu
Terra tremit; fugere feræ; et mortalia corda
Per gentes humilis stravit pavor: ille flagranti
Aut Atho, aut Rhodopen, aut alta Ceraunia telo
Dejicit; ingeminant austri et densissimus imber;
Nunc nemora ingenti vento, nunc litora plangunt.

(Virg., *Geor.*, i.)

Los cielos, que se cubrieron de luto, resplandecieron viéndole salir del sepulcro vencedor. Descendió el noble triunfador á los infiernos, vestido de claridad y fortaleza; luego, aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella tierra de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los poderosos de Moab, y pasmáronse los moradores de Canaan.

(Fr. L. de Granada.)

Y entre las nubes mueve
Su carro Dios, ligero y reluciente,
Y horrible son conmueve;
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente.

(Fr. L. de Leon.)

Alto y feroz rugido
La sed de guerra y la sangrienta saña
Anuncia del leon; con bronco acento,
Ensordeciendo el eco en la montaña,
A devorar su presa
Las águilas se arrojan por el viento.
Solo la sierpe vil, la sierpe ingrata,
Al descuidado seno que la abriga
Callada llega, y ponzoñosa mata.
Las víboras de Alcides,

Son las que asaltan la dorada cuna
De tu felicidad. Despierta, España,
Despierta, ¡ay Dios! y tus robustos brazos,
Haciéndolas pedazos,
Y esparciendo sus miembros por la tierra,
Ostenten el esfuerzo incontrastable
Que en tu naciente libertad se encierra.
. . . . . .
. . . . . .
Alzase España, en fin; con faz airada
Hace á Marte señal, y el dios horrendo
Despeña en ella su crujiente carro.
Al espantoso estruendo,
Al revolver de su terrible espada,
Léjos de estremecerse, arde y se agita,
Y vuela en pos el español bizarro.

(Quintana.)

§. 246.

La sublimidad de los afectos pertenece al órden moral. Cuando sobreponiéndose el hombre á sus pasiones y á los intereses de la tierra, parece que tiende á romper los lazos que sujetan su libre arbitrio; al ver triunfantes la ley moral y la dignidad humana, experimenta el alma una conmocion mas noble y mas profunda que la que podrian causarnos los mas grandiosos espectáculos de la naturaleza. Sócrates, Escévola, Régulo, Guzman el Bueno, han conquistado la admiracion y el respeto de las generaciones con el esclarecido ejemplo de sus virtudes. Los mártires, exclamando en medio de los tormentos: *Soy cristiano*, recuerdan el mas sublime de los sacrificios, cumplido para la redencion de los hombres en la cumbre del Gólgota.

La expresion de los afectos sublimes es generalmente simple y concisa. Una sola palabra, el silencio mismo, una contestacion sencilla ó festiva, bastan á veces para revelar todo el temple de las almas grandes. Pero en la mayor parte de estos casos, para que esos breves rasgos produzcan la impresion de lo sublime, es preciso que la situacion esté preparada de antemano, como se observa principalmente en la literatura dramática. Las palabras de César, ofreciendo á Cina su amistad, el tan celebrado *Qu'il mourut*, el *Medea superest*, el grito de venganza de Macduff al exclamar: *Macbeth no tiene hijos*, todas estas sublimes pinceladas no son mas que el resúmen, la última palabra, si así puede decirse, de una situacion dramática determinada. Edipo

dice á sus hijos: «*Acercáos, abrazad á vuestro.....*» La voz espira en sus labios, y en esta reticencia consiste la sublimidad. No menos sublime es el silencio de Dido, cuando sin contestar á Enéas, se encamina al bosque donde estaba gimiendo la sombra de su primer esposo Siqueo. Longino cita el caso de aquel pintor famoso que en el cuadro del *sacrificio de Ifigenia* cubrió con un velo el rostro de Agamenon.

Véase, por último, cómo la sublimidad de los afectos puede estar expresada por un dicho, en apariencia ligero ó festivo. Malesherbes, al salir de la cárcel para dirigirse á la guillotina, tropieza, y dice: *De muy mal agüero es este tropezon: un romano se meteria en casa corriendo.* «A uno que le decia á Leónidas, antes de la batalla contra el innumerable ejército de los persas: *Nos taparán el sol sus saetas; Mejor*, le respondió, *que así pelearemos á la sombra.* A otro que le dijo temeroso: *Ya están los enemigos cerca de nosotros*, le respondió: *Y nosotros cerca de ellos.*» (Capmany.)

§. 247.

La sublimidad de los pensamientos se refiere á un tercer órden de belleza: la belleza intelectual. Una gran verdad, un principio que entrañe ilimitadas consecuencias, todo pensamiento que revele la fuerza poderosa del genio, nos admira, nos conmueve. Arquímedes pidiendo un punto de apoyo para mover el universo, expresaba un pensamiento sublime.

Muy frecuentemente los pensamientos sublimes se presentan por medio de una imágen; pero no hay duda de que sin perder su forma abstracta pueden conservar la sublimidad. De este modo enérgico y sublime se expresa en los *Salmos* y en el *Deuteronomio* el inmenso poder de Dios: *Et transivi, et ecce non erat;—Dixi: ubinam sunt?* ¡Cuánta sublimidad no encierran tambien aquellas sencillas palabras: *Ego sum qui sum!* San Agustin dice de Dios: *Patiens quia æternus.* Massillon empieza el elogio fúnebre de Luis XIV, llamado el Grande, con la siguiente exclamacion: *¡Solo Dios es grande, hermanos mios!* No puede hablarse de la sublimidad de los pensamientos sin que involuntariamente asalte la memoria de la admirable página en que Pascal explica tan perfectamente la inmensidad del universo; concluyendo de esta suerte: «Todo lo que del mundo vemos no es mas que un punto imperceptible en el inmenso seno de la naturaleza; ninguna idea se acerca á la extension de sus espacios; por mucho que abultásemos nuestros conceptos, no produciriamos mas que átomos en comparacion de la realidad de las cosas; es una esfera sin límites, cuyo centro se halla en todas partes, y la circunferencia en ninguna.

VIII.—ESTILO FAMILIAR, JOCOSO, SATIRICO, HUMORISTICO.

§. 248.

El estilo familiar supone llaneza y confianza con las personas á quienes nos dirigimos; es el estilo de las conversaciones y de las cartas entre amigos. No debe confundirse con el estilo sencillo; el estilo familiar puede ser muy figurado, y carecer, por lo tanto, de sencillez. Por otra parte, el estilo sencillo puede ser grave, patético, elevado, sublime; y ninguna de estas cualidades es hermanable con la familiaridad.

En el género epistolar y en la comedia tiene cabida la familiaridad del estilo, que por regla general debe excluirse de las demás composiciones literarias. Y aun en la comedia misma y en las cartas destinadas al público, jamás debe convertirse la familiaridad en bajeza, en desaliño, en vulgaridad.

§. 249.

En el estilo *jocoso* ó *burlesco* respira la alegría. El escritor festivo descubre la parte risible de las cosas del mundo, y nos hace participar de su buen humor. La agudeza de ingenio es cualidad preponderante en los escritores de esta especie. La incoherencia de las ideas, el contrasentido, la exageracion de las imágenes y sentimientos, y la misma discordancia de la frase, cuando provienen de la intencion maliciosa, y no de la ignorancia ó descuido del escritor, bastan á veces para desarrugar el ceño de las personas mas graves y formales. El estilo festivo se convierte fácilmente en *chocarrero*, *bufon* y *grosero*, siempre que empeñándose en hacer reir á toda costa, no acierta el escritor á encerrarse dentro de los límites de la honestidad y del buen gusto.

El estilo festivo goza de mas libertad todavía que el estilo poético, pues como sabemos que el escritor habla de burlas, consentimos de buen grado en permitirle que se entregue á los mas extravagantes caprichos del ingenio. Por esta razon, en el estilo jocoso, al lado de las voces anticuadas, cultas y poéticas, colocamos las mas vulgares y prosáicas: ora tropieza embarazosa la frase llena de hiatos y sonsonetes, ora corre fácil ó retumbante, parodiando la melifluidad afeminada ó la majestuosa pompa del período. El pensamien-

to profundo se enlaza con el trivial ó con el falso; la imágen sublime con la imágen vulgar; la grandeza del sentimiento con la humildad de la expresion. Empléanse con frecuencia en el estilo jocoso los tropos fundados en la semejanza, la ironía, la alusion, la perífrasis, la hipérbole, la antítesis, los juegos del vocablo. Cervántes es el primero de los escritores festivos; Quevedo y Góngora son menos delicados. En los graciosos de nuestras comedias y en nuestras novelas y romances burlescos rebosan abundantemente las sales y donaires de Aristófanes, Plauto, Terencio y Molière.

§. 250.

El estilo *satírico* es con frecuencia familiar y jocoso, pero á veces es acre, mordaz, y tambien grave, vehemente, elevado. Se llama *satírico* el estilo que empleamos en la censura y burla de los defectos y vicios de los hombres.

El estilo *humorístico* nace de la mezcla de lo poético con lo prosáico, de lo tierno y patético con lo mordaz é irónico, de lo terrible y sublime con lo risueño y festivo. Los alemanes é ingleses han sobresalido en este género, propio de su clima áspero y de su cielo nebuloso. Larra en algunos de sus artículos, y Espronceda en el *Diablo mundo*, pagaron tributo á la moda ó necesidad literaria de nuestra época.

El estilo jocoso debe emplearse como un medio de trasmitir agradablemente la instruccion ó de causar una impresion moral determinada. El placer de lo verdaderamente bello y poético es de suyo moral; mas el placer de lo agradable y ridículo tiene algo de sensual ó de frívolo. El abuso de la burla, de la ironía y de la sátira mata el entusiasmo y los mas nobles sentimientos del ánimo; y los hombres y los pueblos que nada admiran y que por nada se entusiasman, alimentan en su pecho los gérmenes de la corrupcion. El escepticismo y la maldad se valen de la risa, de la ironía y de la sátira para insinuarse en los corazones. La mayor parte de los escritores humorísticos se complacen en desgarrar las entrañas con la viva pintura de los males humanos, no para que desprendida el alma de los objetos terrenos, vuele al cielo llena de esperanza, sino para entregarla indefensa á los horrores de la desesperacion. Voltaire divierte y repugna; Byron y Heine fascinan y matan. A pesar de lo dicho, y sin desconocer que el género humorístico es, digámoslo así, el bello ideal de la extravagancia, creemos que puede emplearse en épocas de frivolidad y escepticismo, para levantar los abatidos ánimos á las regiones de la fe, de la moral y de la poesía.

IX. — DENOMINACIONES QUE LOS RETORICOS ANTIGUOS DIERON AL ESTILO.

§. 251.

Ciceron y Quintiliano dividen el estilo en *sencillo* ó *ténue*, *medio* ó *templado*, y *grave* ó *sublime*. Esta division, tan generalmente adoptada en las escuelas, se funda en el grado de elevacion que imprime el tono en el estilo, y ha sido muy exactamente comparada con los tonos y claves de la música.

El estilo *sencillo* se definió ya; el *medio* correspondia al que antes llamamos elegante y florido, y bajo el nombre de *sublime* (*gravis*, *uber*, *copiosus*, *grandis*, *robus*, etc.) comprendian el *enérgico*, el vivo, el vehemente, el patético, el magnífico y el sublime propiamente dicho.

Ciceron propone como ejemplo de estilo sencillo su oracion *Pro Cœcina;* como ejemplo de estilo templado, la oracion *Pro lege Manilia*, y como ejemplo de estilo sublime la que pronunció en defensa de Rabirio. Tanto Ciceron como Quintiliano sabian muy bien que en una obra de alguna extension se combinaban estos tres géneros de estilo, y que entre estos tipos fundamentales habia distintas é inapreciables gradaciones (*intervalla*), *como sucede con los vientos*. Decian que el estilo ténue predominaba en el género didáctico, que el templado era propio de los asuntos agradables, y el grave ó sublime de los que por su importancia agitaban las pasiones: que el primero era el lenguaje de la razon fria; el segundo, el de la imaginacion; el tercero, el de la sensibilidad fuertemente excitada: reconocian, por último, que la verdadera elocuencia consistia en aplicar convenientemente el estilo al asunto.

Demetrio Falereo habia dividido el estilo en *ténue*, *magnífico*, *elegante* y *grave*. Macrobio adoptó esta division, combatida por Proclo. En las escuelas de retórica ha prevalecido la division en tres géneros, hasta que en algunas obras modernas ha sido tratada con un desden injustificable. Las páginas del *Orator* (III–V, XIX–XXVIII), en que Ciceron habla de esta materia, son de lo mas juicioso y elocuente que su insigne pluma produjo. Con igual elevacion y buen criterio se expresa tambien Quintiliano (XII, 10). Para no atribuir á los antiguos, errores en que no incurrieron, pueden consultarse además el libro cuarto de la retórica *ad Herennium* (VIII–XI); el lib. VII, cap. 14 de las *Noches áticas* de Aulo Gelio, y el art. 1.°, cap. III, lib. III del *Tratado de bellas letras* de Rollin. Luzan y Capmany interpretan con fidelidad las ideas de los grandes maestros de Grecia y Roma.

§. 252.

Tambien divide Quintiliano el estilo en *ático, asiático* y *rodio*. Da el nombre de *ático* al correcto y limpio, que desecha todo lo vano y redundante; el de *asiático* al hinchado y copioso; y el de *rodio* al que no es tan conciso como el ático ni tan abundante como el asiático. Siguiendo el ejemplo de Ciceron, prefiere el estilo ático á los demás, y propone como principal modelo á Demóstenes.

Ni Ciceron ni Quintiliano definen de un modo preciso lo que entienden por estilo ático y por estilo asiático. *Mihi autem orationis differentiam fecisse et dicentium et audientium naturæ videntur: quod Attici, limati quidem et emuncti, nihil inane, aut redundans ferebant; Asiana gens, tumidior alioqui atque jactantior, vaniore etiam dicendi gloria inflata est. Tertium mox, qui hæc dividebant, adjecerunt genus Rhodium: quod velut medium esse atque ex utroque mixtum volunt: neque enim Attice pressi, neque Asiane sunt abundantes; ut aliquid videantur habere gentis, aliquid auctoris.* (Quint., xii, 10.) De estas palabras de Quintiliano se deduce que carece de razon Heineccio al afirmar que la division del estilo en lacónico, ático, rodio y asiático se refiere solamente *ad quantitatem*, es decir, al mayor ó menor grado de concision ó abundancia. Léase por completo el citado pasaje de Quintiliano y los párrafos octavo y nono del *Orator* de Ciceron. En el dia la voz *aticismo* se emplea para indicar la correccion, la pulidez, la correcta elegancia, el buen gusto del estilo.

PARTE SEGUNDA.

DE LOS DIVERSOS GÉNEROS DE COMPOSICIONES LITERARIAS.